



Felipe Oelkers

Director de Ingeniería Comercial UNAB

Lo que realmente nos dice el IPC de noviembre

La inflación de noviembre entregó una señal relevante en medio de un año marcado por la incertidumbre económica y política. El IPC anotó un alza de 0,3%, dentro de lo previsto por el mercado, dejando la inflación anual en torno al 3,4%, un nivel que se acerca a la meta del Banco Central y que confirma un proceso sostenido de moderación de precios. Más allá de los números, este dato invita a reflexionar sobre el momento económico que atravesamos y lo que podría venir en 2026.

La primera lectura es positiva: después de varios meses de variaciones dispares, la trayectoria inflacionaria parece consolidarse. Las presiones más volátiles -energía y ciertos alimentos- se han normalizado y el componente de "núcleo", que refleja mejor la tendencia de fondo, muestra que los precios están creciendo a un ritmo acotado. Esto sugiere que los ajustes monetarios del Banco Central están cumpliendo con su objetivo de anclar expectativas sin frenar en exceso la actividad. Pero la inflación no es sólo un fenómeno técnico. También es una percepción cotidiana: cuánto rinde el sueldo, qué tan predecibles son los gastos y cuánta holgura sienten los hogares para planificar. En ese sentido, una inflación que se mueve cerca del 3% alivia tensiones recientes, sobre todo si recordamos alzas mucho más intensas durante 2022. Hoy el costo de vida sigue subiendo, pero a un ritmo que permite a las familias reorganizar presupuestossin que cada mes sea una nueva sorpresa.

Sin embargo, esta buena noticia convive con desafíos persistentes. Los alimentos -en especial productos básicos como el pan y los lácteos-

continúan presionando los bolsillos de los hogares más vulnerables. Y aunque la energía mostró una caída, su volatilidad sigue siendo un factor de riesgo. Por eso la lectura del IPC no puede quedar en un optimismo simplista: el escenario es favorable, pero sigue siendo frágil. En este contexto, el rol del Banco Central vuelve a ser clave. Con la inflación cerca de la meta, se abre espacio para un nuevo recorte en la Tasa de Política Monetaria, probablemente de 25 puntos base, un movimiento que podría estimular el consumo y el crédito sin comprometer la estabilidad lograda. Pero incluso en este punto las decisiones deben ser prudentes: una baja demasiado agresiva podría recalentar la demanda justo cuando el sistema comienza a estabilizarse.

El país entra a 2026 en un escenario económico que combina señales mixtas. Por un lado, la inflación controlada permite proyectar un año más predecible que los anteriores; por otro, la creación de empleo sigue siendo insuficiente y la inversión privada avanza con cautela ante el clima político. La contención de la inflación por sí sola, no garantiza crecimiento sostenido. Lo relevante ahora es qué hacemos con este espacio de estabilidad. Si se convierte en una oportunidad para impulsar productividad, inversión y políticas que mejoren los ingresos reales, podríamos estar frente al inicio de un ciclo más virtuoso. Si se desperdicia en debates improductivos o señales contradictorias desde la política, será sólo una pausa breve antes de volver a las presiones conocidas.

La inflación de noviembre no es un triunfo definitivo, pero sí una señal de que el país puede retomar una senda de normalidad.